

# *Romancero viejo*

Edición escolar a partir del libro:

ANÓNIMO: *El romancero viejo* (edición de Mercedes Díaz Roig).  
Cátedra, Letras Hispánicas, Madrid, 1984

Con poemas extraídos, entre otros, de los siguientes sitios:

- Proyecto sobre el Romancero pan-hispánico  
<http://depts.washington.edu/hisprom/espanol/>
- Biblioteca virtual Miguel de Cervantes  
<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/romancero-viejo--0/html/>
- Wikisource; categoría: romances  
<http://es.wikisource.org/wiki/Categor%C3%ADa:Romances>

## ÍNDICE

<b>ROMANCES HISTÓRICOS</b>	Fronterizos	<i>Romance del moro de Antequera</i> <i>La mañana de San Juan...</i> <i>Romance de Abenámar</i> <i>Romance de Álora la bien cercada</i> <i>Romance de la pérdida de Alhama</i>
	Históricos varios	<i>Romance de la reina de Nápoles</i> <i>Romance de los cinco maravedís que pidió el rey</i> <i>Romance del rey don Pedro el Cruel</i> <i>Muerte de la reina Blanca</i> <i>Romance de la linda Infanta</i>
	Histórico-épico	<i>Sedución de la Cava</i> <i>La venganza de don Julián</i> <i>Visión del rey Rodrigo</i> <i>La derrota de don Rodrigo</i> <i>La penitencia de don Rodrigo</i> <i>El nacimiento de Bernardo</i> <i>Por las riberas de Arlanza...</i> <i>Entrevista de Bernardo con el rey</i> <i>Crianza de Fernán González</i> <i>Castellanos y leoneses...</i> <i>Buen Conde Fernán González...</i> <i>¡Ay Dios, qué buen caballero...!</i> <i>La venganza de Mudarra</i> <i>Romance del Cid Ruy Díaz</i> <i>Romance de Jimena Gómez</i> <i>Por el val de las Estacas...</i> <i>Romance del rey don Sancho</i> <i>Juramento que tomó el Cid al rey Don Alfonso</i> <i>En las almenas de Toro...</i>
<b>ROMANCES DE INVENCIÓN</b>	Caballerescos	<i>Lanzarote y el orgulloso</i> <i>Romance de Montesinos</i> <i>Primer romance de Gaiferos</i> <i>Síguese el segundo romance de Gaiferos</i> <i>Romance de la fuga de Gaiferos</i> <i>Romance de Valdovinos</i> <i>Romance de Doña Alda</i>
	Novelescos	<i>Romance del prisionero</i> <i>Romance de Fontefrida</i> <i>Yo me levantara, madre...</i> <i>Romance de la infanta parida</i> <i>Romance de Gerineldo</i> <i>De Francia partió la niña...</i> <i>Romance de la infantina</i> <i>Romance de la gentil dama y el rústico pastor</i> <i>Las señas del esposo</i> <i>Romance del cautivo</i> <i>El conde Arnaldos</i>
<b>APÉNDICE</b>	Tradición oral moderna	<i>Romance del conde Olinos</i> <i>Delgadina</i> <i>La hermana cautiva</i> <i>El soldadito</i> <i>La Condesita</i>

# I. ROMANCES HISTÓRICOS

## a) *Romances fronterizos*

### *Romance del moro de Antequera*

De Antequera sale un moro,  
de Antequera, aquesa villa,  
cartas llevaba en su mano,  
cartas de mensajería.  
escritas iban con sangre,  
y no por falta de tinta,  
el moro que las llevaba  
ciento y veinte años había.  
Ciento y veinte años el moro,  
de doscientos parecía,  
la barba llevaba blanca  
muy larga hasta la cinta,  
con la cabeza pelada  
la calva le relucía;  
toca llevaba tocada,  
muy grande precio valía,  
la mora que la labrara  
por su amiga la tenía.  
Caballero en una yegua,  
que grande precio valía,  
no por falta de caballos,  
que hartos él se tenía;  
alhareme en su cabeza  
con borlas de seda fina.  
Siete celadas le echaron,  
de todas se escabullía;  
por los cabos de Archidona  
a grandes voces se decía:  
-Si supieres, el rey moro,  
mi triste mensajería,  
mesarías tus cabellos  
y la tu barba vellida!  
Tales lástimas haciendo  
llega a la puerta de Elvira;  
vase para los palacios

donde el rey moro vivía  
Encontrado ha con el rey  
que del Alhambra salía  
con trescientos de a caballo,  
los mejores que tenía.  
Ante el rey, cuando le haya,  
tales palabras decía:  
-Mantenga Dios a tu alteza,  
salve Dios tu señoría.  
Bien vengas, el moro viejo  
días ha que te atendía.  
-¿Qué nuevas me traes, el moro,  
de Antequera esa mi villa?  
-No te las diré, el buen rey,  
si no me otorgas la vida.  
-Dímelas, el moro viejo,  
que otorgada te sería  
- Las nuevas que, rey, sabrás  
no son nuevas de alegría:  
que ese infante don Fernando  
cercada tiene tu villa.  
Muchos caballeros suyos  
la combaten cada día:  
aquese Juan de Velasco  
y el que Henriquez se decía,  
el de Rojas y Narváez,  
caballeros de valía.  
De día le dan combate,  
de noche hacen la mina;  
los moros que estaban dentro  
cueros de vaca comían,  
si no socorres, el rey  
tu villa se perdería.

*La mañana de San Juan...*

La mañana de San Juan  
al tiempo que alboreaba,  
gran fiesta hacen los moros  
por la Vega de Granada.  
Revolviendo sus caballos  
y jugando de las lanzas,  
ricos pendones en ellas  
broslados por sus amadas,  
ricas marlotas vestidas  
tejidas de oro y grana.  
El moro que amores tiene  
señales de ello mostraba,  
y el que no tenía amores  
allí no escaramuzaba.  
Las damas moras los miran  
de las torres del Alhambra,  
también se los mira el rey  
de dentro de la Alcazaba.  
Dando voces vino un moro  
con la cara ensangrentada:  
-Con tu licencia, el rey,  
te daré una nueva mala:  
el infante don Fernando  
tiene a Antequera ganada;  
muchos moros deja muertos,  
yo soy quien mejor librara;  
siete lanzadas yo traigo,  
el cuerpo todo me pasan;  
los que conmigo escaparon  
en Archidona quedaban.  
Con la tal nueva el rey

la cara se le demudaba;  
manda juntar sus trompetas  
que toquen todas el arma,  
manda juntar a los suyos,  
hace muy gran cabalgada,  
y a las puertas de Alcalá,  
que la real se llamaba,  
los cristianos y los moros  
una escaramuza traban.  
Los cristianos eran muchos,  
mas llevaban orden mala;  
los moros, que son de guerra,  
dádoles han mala carga,  
de ellos matan, de ellos prenden,  
de ellos toman en celada.  
Con la victoria, los moros  
van la vuelta de Granada;  
a grandes voces decían:  
-¡La victoria ya es cobrada!

*Romance de Abenámar*

—¡Abenámar, Abenámar,  
moro de la morería,  
el día que tu naciste  
grandes señales había!  
Estaba la mar en calma,  
la luna estaba crecida,  
moro que en tal signo nace  
no debe decir mentira.  
Allí respondiera el moro,  
bien oiréis lo que diría:  
—Yo te la diré, señor,  
aunque me cueste la vida,  
porque soy hijo de un moro  
y una cristiana cautiva;  
siendo yo niño y muchacho  
mi madre me lo decía  
que mentira no dijese,  
que era grande villanía;  
por tanto pregunta, rey,  
que la verdad te diría.  
—Yo te agradezco, Abenámar,  
aquesa tu cortesía.  
¿Qué castillos son aquéllos?  
¡Altos son y relucían!  
—El Alhambra era, señor,  
y la otra la mezquita,  
los otros los Alixares,  
labrados a maravilla.  
El moro que los labraba  
cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra,  
otras tantas se perdía.  
El otro es Generalife,  
huerta que par no tenía,  
el otro Torres Bermejas,  
castillo de gran valía.

Allí habló el rey don Juan,  
bien oiréis lo que decía:  
—Si tu quisieses, Granada,  
contigo me casaría;  
daréte en arras y dote  
a Córdoba y a Sevilla.  
— Casada soy, rey don Juan,  
casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene  
muy grande bien me quería.

*Romance de Álora la bien cercada*

Álora, la bien cercada,  
tú que estas en par de río,  
cercóte el adelantado  
una mañana en domingo,  
de peones y hombres de armas  
el campo bien guarnecido;  
con la gran artillería  
hecho te habían un portillo.  
Viérades moros y moras  
todos huir al castillo:  
Las moras llevaban ropa,  
los moros harina y trigo,  
y las moricas de quince años  
llevaban el oro fino,  
y los moricos pequeños  
llevaban la pasa y el higo.  
Por cima de la muralla  
su pendón llevan tendido.  
Entre almena y almena  
quedado se había un morico  
con una ballesta armada  
y en ella puesto un cuadrillo.  
En altas voces decía,  
que la gente lo había oído:  
—¡Tregua, tregua, Adelantado,  
por tuyo se da el castillo!  
Alza la visera arriba,  
por ver el que tal le dijo,  
asestárale a la frente,  
salido le ha al colodrillo.  
Sacóle Pablo de rienda,  
y de mano Jacobillo,  
estos dos que había criado  
en su casa desde chicos.  
Lleváronle a los maestros  
por ver si será guarido.  
A las primeras palabras,  
el testamento les dijo.

*Romance de la pérdida de Alhama*

Paseábase el rey moro  
por la ciudad de Granada,  
desde la puerta de Elvira  
hasta la de Vivarambla

-¡Ay de mi Alhama!

Cartas le fueron venidas  
que Alhama era ganada.  
Las cartas echó en el fuego,  
y al mensajero matara.

-¡Ay de mi Alhama!

Descabalga de una mula  
y en un caballo cabalga,  
por el Zacatín arriba  
subido se había al Alhambra.

-¡Ay de mi Alhama!

Como en el Alhambra estuvo,  
al mismo punto mandaba  
que se toquen sus trompetas,  
sus añafiles de plata.

-¡Ay de mi Alhama!

Y que las cajas de guerra  
apriesa toquen el arma,  
porque lo oigan sus moros,  
los de la Vega y Granada.

-¡Ay de mi Alhama!

Los moros, que el son oyeron,  
que al sangriento Marte llama,  
uno a uno y dos a dos  
juntado se ha gran batalla.

-¡Ay de mi Alhama!

Allí habló un moro viejo,  
de esta manera hablara:

-¿Para qué nos llamas, rey?

¿Para qué es esta llamada?

-¡Ay de mi Alhama!

-Habéis de saber, amigos,  
una nueva desdichada:  
que cristianos de braveza  
ya nos han ganado Alhama.

-¡Ay de mi Alhama!

Allí habló un alfaquí,  
de barba crecida y cana:

-Bien se te emplea, buen rey,  
buen rey, bien se te empleara

-¡Ay de mi Alhama!

-Mataste los Bencerrajes,  
que eran la flor de Granada;  
cogiste los tornadizos  
de Córdoba la nombrada.

-¡Ay de mi Alhama!

Por eso mereces, rey,  
una pena muy doblada:  
que te pierdas tú y el reino,  
y aquí se pierda Granada.

-¡Ay de mi Alhama!

***b) Romances históricos varios***

***Romance de la reina de Nápoles***

La triste reina de Nápoles  
sola va, sin compañía;  
va llorando y gritos dando  
do su mal contar podía;  
¡Quién amase la tristeza  
y aborreciese alegría,  
porque sepan los mis ojos  
cuanto lloro yo tenía!  
Yo lloré el rey, mi marido,  
las cosas que yo más quería:  
lloré al príncipe don Pedro,  
que era la flor de Castilla.  
Vínome lloro tras lloro,  
sin haber consuelo un día.  
Yo me estando en esos lloros,  
vínome mensajería  
de aquese buen rey de Francia,  
que el mi reino me pedía.  
Subiérame a una torre,  
la más alta que tenía,  
vi venir siete galeras  
que en mi socorro venían;  
dentro venía un caballero,  
almirante de Castilla.  
¡Bien vengas, el caballero,  
buena sea tu venida!

*Romance de los cinco maravedís que pidió el rey*

En esa ciudad de Burgos  
 en Cortes se habían juntado  
 el rey que venció las Navas  
 con todos los hijosdalgo.  
 Habló con don Diego el rey,  
 con él se había aconsejado,  
 que era señor de Vizcaya,  
 de todos el más privado:  
 -Consejédesme, don Diego,  
 que estoy muy necesitado,  
 que con las guerras que he hecho  
 gran dinero me ha faltado;  
 quería llegarme a Cuenca,  
 no tengo lo necesario;  
 si os pareciese, don Diego,  
 por mí será demandado  
 que cinco maravedís  
 me peche<sup>1</sup> cada hijodalgo.  
 -Grave cosa me parece,  
 le respondiera el de Haro,  
 que querades vos, señor,  
 al libre hacer tributario;  
 mas por lo mucho que os quiero  
 de mí seréis ayudado,  
 porque yo soy principal,  
 de mí os será pagado.  
 Siendo juntos en las Cortes,  
 el rey se lo había hablado;  
 Levantado está don Diego,  
 como ya estaba acordado:  
 -Justo es lo que pide el rey,  
 por nadie le sea negado,  
 mis cinco maravedís  
 helos aquí de buen grado.  
 Don Nuño, conde de Lara,  
 mucho mal se había enojado;  
 pospuesto todo temor,  
 de esta manera ha hablado:  
 -Aquellos donde venimos  
 nunca tal pecho han pagado,  
 nos, menos lo pagaremos,  
 ni al rey tal será dado;

el que quisiere pagarle  
 quede aquí como villano,  
 váyase luego tras mí  
 el que fuere hijodalgo.  
 Todos se salen tras él,  
 de tres mil, tres han quedado.  
 En el campo de la Glera  
 todos allí se han juntado,  
 el pecho que el rey demanda  
 en las lanzas lo han atado  
 y envíanle a decir  
 que el tributo está llegado,  
 que envíe sus cogedores,  
 que luego será pagado;  
 mas que si él va en persona  
 no será desacatado,  
 pero que enviase aquellos  
 de quien fuera aconsejado.  
 Cuando esto oyera el rey,  
 y que solo se ha quedado,  
 volvióse para don Diego,  
 consejo le ha demandado.  
 Don Diego, como sagaz,  
 este consejo le ha dado:  
 -Desterrédesme, señor,  
 como que yo lo he causado,  
 y así cobraréis la gracia  
 de los vuestros hijosdalgo.  
 Otorgó el rey el consejo:  
 a decir les ha enviado  
 que quien le dio tal consejo  
 será muy bien castigado,  
 que hidalgos de Castilla  
 no son para haber pechado.  
 Muy alegres fueron todos,  
 todo se hubo apaciaguado.  
 Desterraron a don Diego  
 por lo que no había pecado;  
 mas dende a pocos días  
 a Castilla fue tornado.  
 El bien de la lealtad  
 por ningún precio es comprado.

<sup>1</sup> *Pechar*: pagar tributos al rey o señor; *pecho*: tributo, impuesto.

*Romance del rey don Pedro el Cruel*

Por los campos de Jerez  
 a caza va el rey don Pedro;  
 en llegando a una laguna,  
 allí quiso ver un vuelo.  
 Vido volar una garza,  
 disparóle un sacre nuevo,  
 remontárale un neblí,  
 a sus pies cayera muerto.  
 A sus pies cayó el neblí,  
 túvolo por mal agüero.  
 Tanto volaba la garza,  
 parece llegar al cielo.  
 Por donde la garza sube  
 vio bajar un bulto negro;  
 mientras más se acerca el bulto,  
 más temor le va poniendo,  
 con el abajarse tanto,  
 parece llegar al suelo,  
 delante de su caballo,  
 a cinco pasos de trecho;  
 De él salió un pastorcico,  
 sale llorando y gimiendo,  
 la cabeza desgreñada,  
 revuelto trae el cabello,  
 con los pies llenos de abrojos  
 y el cuerpo lleno de vello;  
 en su mano una culebra,  
 y en la otra un puñal sangriento;  
 en el hombro una mortaja,  
 una calavera al cuello;  
 a su lado, de traílla,  
 traía un perro negro,  
 los aullidos que daba  
 a todos ponían gran miedo;

y a grandes voces decía:  
 –Morirás, el rey don Pedro,  
 que mataste sin justicia  
 los mejores de tu reino:  
 mataste tu propio hermano,  
 el Maestre, sin consejo,  
 y desterraste a tu madre,  
 a Dios darás cuenta de ello.  
 Tienes presa a doña Blanca,  
 enojaste a Dios por ello,  
 que si tornas a quererla  
 darte ha Dios un heredero,  
 y si no, por cierto sepas  
 te vendrá desmán por ello;  
 serán malas las tus hijas  
 por tu culpa y mal gobierno,  
 y tu hermano don Enrique  
 te habrá de heredar el reino;  
 morirás a puñaladas,  
 tu casa será el infierno.  
 Todo esto recontado,  
 desapareció el bulto negro.

*Muerte de la reina Blanca*

Doña María de Padilla,  
no os me mostredes triste, no  
que si me casé dos veces  
hícelo por vuestro amor,  
por hacer menosprecio  
a doña Blanca de Borbón.  
Envió luego a Sidonia  
que me labren un pendón,  
será de color de sangre,  
de lágrimas su labor;  
tal pendón, doña María,  
se hace por vuestro amor.  
Fue a llamar a Alonso Ortiz,  
que es un honrado varón,  
para que fuese a Medina  
a dar fin a la labor.  
Respondiera Alonso Ortiz:  
-Eso, señor, no haré yo,  
que quien mata a su señora  
es aleve a su señor.  
El rey no le dijo nada,  
en su cámara se entró  
enviara dos maceros,  
los cuales él escogió.  
Estos fueron a la reina,  
halláronla en oración.

La reina como los vido  
casi muerta se calló,  
mas después en sí tornada,  
con esfuerzo les habló:  
-Ya sé a qué venis, amigos,  
que mi alma lo sintió;  
y pues lo que está ordenado  
no se puede excusar, no.  
Di, Castilla, ¿qué te hice?  
No por cierto, no traición.  
¡Oh Francia mi dulce tierra!  
¡Oh mi casa de Borbón!  
Hoy cumplo diecieís años  
en los cuales muero yo;  
el rey no me ha conocido,  
con las vírgenes me voy.  
Doña María de Padilla,  
esto te perdono yo;  
por quitarte de cuidado  
lo hace el rey mi señor.  
Los maceros le dan priesa,  
ella pide confesión:  
perdónalos a ellos,  
y puesta en contemplación  
danle golpes con las mazas:  
así la triste murió.

*Romance de la linda Infanta*

Estaba la linda infanta  
a la sombra de una oliva,  
peine de oro en las sus manos,  
los sus cabellos bien cría.  
Alzó los ojos al cielo  
en contra do el sol salía,  
vio venir un fuste armado  
por Guadalquivir arriba;  
dentro venía Alfonso Ramos,  
almirante de Castilla.  
-Bien vengáis, Alfonso Ramos,  
buena sea tu venida.

¿Y qué nueva me traedes  
de mi flota bien guarnida?  
-Nuevas te traigo, señora,  
si me aseguras la vida.  
-Diéselas, Alfonso Ramos,  
que segura te sería.  
-Allá llevan a Castilla  
los moros de la Berbería.  
-Si no me fuese por qué,  
la cabeza te cortaría.  
-Si la mía me cortases,  
la tuya te costaría.

c) *Romances histórico épicos**Sedución de la Cava*

Amores trata Rodrigo  
descubierto ha su cuidado;  
a la Cava lo decía  
de quien era enamorado;  
miraba su lindo rostro,  
miraba su rostro alindado,  
sus lindas y blancas manos  
él se las está loando:  
- Querría que me entendieses  
por la vía que te hablo:  
darte hía mi corazón  
y estaría al tu mandado.

La Cava, como es discreta,  
a burlas lo había echado;  
el rey hace juramento  
que de veras se lo ha hablado;  
todavía lo disimula  
y burlando se ha excusado.  
El rey va a tener la siesta  
y en un retrete se ha entrado;  
con un paje de los suyos  
por la Cava ha enviado.  
La Cava, muy descuidada,  
cumplió luego a su mandado.  
El rey, luego que la vido,  
hale de recio apretado,  
haciéndole mil ofertas,  
si ella hacía su rogado.  
Ella nunca hacerlo quiso,  
por cuanto él le ha mandado,  
y así el rey lo hizo por fuerza  
con ella, y contra su grado.  
La Cava se fue enojada,  
y en su cámara se ha entrado.  
No sabe si lo decir,  
o si lo tener callado.  
Cada día gime y llora,

su hermosura se va gastando.  
Una doncella, su amiga,  
mucho en ello había mirado,  
y hablóle de esta manera,  
de esta suerte le ha hablado:  
- Agora siento, la Cava,  
mi corazón engañado,  
en no me decir lo que sientes  
de tu tristeza y tu llanto.  
La Cava no se lo dice,  
mas al fin se lo ha otorgado.  
Dice cómo el rey Rodrigo  
la ha por fuerza deshonrado,  
y por que más bien lo crea,  
háselo luego mostrado.  
La doncella, que lo vido,  
tal consejo le ha dado:  
- Escríbeselo a tu padre,  
tu deshonor demostrando.  
La Cava lo hizo luego,  
como se lo ha aconsejado,  
y da la carta a un doncel  
que de la Cava es criado.  
Embarcárase en Tarifa  
y en Ceuta la hubo llevado,  
donde era su padre, el conde,  
y en sus manos la hubo dado.  
Su madre, como lo supo,  
grande llanto ha comenzado.  
El conde la consolaba  
con que la haría bien vengado  
de la deshonor tan grande  
que el rey les había causado.

*La venganza de don Julián*

En Ceuta está don Julián,  
 en Ceuta la bien nombrada;  
 para las partes de aliende  
 quiere enviar su embajada.  
 Moro viejo la escribía  
 y el conde se la notaba;  
 después de haberla escrito  
 al moro luego matara.  
 Embajada es de dolor,  
 dolor para toda España;  
 las cartas van al rey moro  
 en las cuales le juraba  
 que si le daba aparejo  
 le dará por suya España.  
 España, España, ¡ay de ti!  
 en el mundo tan nombrada,  
 la mejor de las partidas,  
 la mejor y más ufana,  
 donde nace el fino oro  
 y la plata no faltaba,  
 dotada de hermosura  
 y en proezas extremada;  
 por un perverso traidor  
 toda eres abrasada,  
 todas tus ricas ciudades  
 con su gente tan galana  
 las domeñan hoy los moros  
 por nuestra culpa malvada,  
 si no fueran las Asturias,  
 por ser la tierra tan brava.  
 El triste rey don Rodrigo,  
 el que entonces te mandaba,  
 viendo sus reinos perdidos,  
 sale a la campal batalla,

el cual en grave dolor  
 enseña su fuerza brava;  
 mas tantos eran los moros  
 que han vencido la batalla.  
 No parece el rey Rodrigo,  
 ni nadie sabe do estaba.  
 ¡Maldito de ti, don Oppas,  
 traidor y de mala andanza!  
 En esta negra conseja  
 uno a otro se ayudaba.  
 ¡Oh dolor sobremanera!  
 ¡Oh, cosa nunca pensada!,  
 que por sola una doncella,  
 la cual Cava se llamaba,  
 causen estos dos traidores  
 que España sea domeñada,  
 y perdido el rey señor,  
 sin nunca de él saber nada.

*Visión del rey Rodrigo*

Los vientos eran contrarios,  
la luna estaba crecida,  
los peces daban gemidos  
por el mal tiempo que hacía,  
cuando el buen rey don Rodrigo  
junto a la Cava dormía,  
dentro de una rica tienda  
de oro bien guarnecida.  
Trescientas cuerdas de plata  
que la tienda sostenían;  
dentro había cien doncellas  
vestidas a maravilla:  
las cincuenta están tañendo  
con muy extraña armonía.  
las cincuenta están cantando  
con muy dulce melodía.  
Allí habló una doncella  
que Fortuna se decía:  
-Si duermes, rey don Rodrigo,  
despierta por cortesía.  
y verás tus malos hados,  
tu peor postrimería,  
y verás tus gentes muertas,  
y tu batalla rompida,  
y tus villas y ciudades  
destruidas en un día,  
tus castillos fortalezas  
otro señor los regía.

Si me pides quién lo ha hecho,  
yo muy bien te lo diría:  
ese conde don Julián  
por amores de su hija,  
porque se la deshonraste  
y más de ella no tenía  
juramento viene echando  
que te ha de costar la vida.  
Despertó muy congojado  
con aquella voz que oía;  
con cara triste y penosa  
de esta suerte respondía:  
-Mercedes a ti, Fortuna,  
de esta tu mensajería.  
Estando en esto ha llegado  
uno que nueva traía  
cómo el conde don Julián  
las tierras le destruía.

*La derrota de don Rodrigo*

Las huestes de don Rodrigo  
desmayaban y huían  
cuando en la octava batalla  
sus enemigos vencían.  
Rodrigo deja sus tiendas  
y del real se salía,  
solo va el desventurado,  
sin ninguna compañía:  
el caballo de cansado  
ya moverse no podía,  
camina por donde quiere  
que no le estorba la vía.  
El Rey va tan desmayado  
que sentido no tenía:  
muerto va de sed y hambre,  
de verle era gran mancilla:  
iba tan tinto de sangre  
que una brasa parecía.  
Las armas lleva abolladas,  
que eran de gran pedrería:  
la espada lleva hecha sierra  
de los golpes que tenía:  
el almete de abollado  
en la cabeza se hundía:  
la cara llevaba hinchada  
del trabajo que sufría.  
Subióse encima de un cerro,  
el más alto que veía:  
desde allí mira su gente  
cómo iba de vencida,  
de allí mira sus banderas  
y estandartes que tenía,  
cómo están todos pisados  
que la tierra los cubría;

mira por los capitanes,  
que ninguno aparecía;  
mira el campo tinto en sangre,  
la cual arroyos corría.  
Él, triste de ver aquesto,  
gran mancilla en sí tenía,  
llorando de los sus ojos  
desta manera decía:  
"Ayer era rey de España,  
hoy no lo soy de una villa;  
ayer villas y castillos,  
hoy ninguno poseía:  
ayer tenía criados  
y gente que me servía,  
hoy no tengo ni una almena  
que pueda decir que es mía.  
¡Desdichada fue la hora,  
desdichado fue aquel día  
en que nací y heredé  
la tan grande señoría,  
pues lo había de perder  
todo junto y en un día!  
¡Oh muerte!, ¿por qué no vienes  
y llevas esta alma mía  
de aqueste cuerpo mezquino,  
pues se te agradecería?"

### *La penitencia de don Rodrigo*

Después que el rey don Rodrigo  
a España perdido había,  
íbase desesperado  
por donde más le placía.  
Métese por las montañas,  
las más espesas que vía,  
porque no le hallen los moros  
que en su seguimiento iban.  
Topado ha con un pastor  
que su ganado traía,  
díjole: -Dime, buen hombre,  
lo que preguntarte quería:  
si hay por aquí poblado  
o alguna casería  
donde pueda descansar,  
que gran fatiga traía.  
El pastor respondió luego  
que en balde la buscaría,  
porque en todo aquel desierto  
sola una ermita había,  
donde estaba un ermitaño  
que hacía muy santa vida.  
El rey fue alegre de esto  
por allí acabar su vida;  
pidió al hombre que le diese  
de comer, si algo tenía.  
El pastor sacó un zurrón,  
que siempre en él pan traía;  
diole de él y de un tasajo  
que acaso allí echado había;  
el pan era muy moreno,  
al rey muy mal le sabía,  
las lágrimas se le salen,  
detener no las podía,  
acordándose en su tiempo  
los manjares que comía.  
Después que hubo descansado  
por la ermita le pedía;  
el pastor le enseñó luego  
por donde no erraría;

el rey le dio una cadena  
y un anillo que traía,  
joyas son de gran valor,  
que el rey en mucho tenía.  
Comenzando a caminar,  
ya cerca el sol se ponía,  
llegado es a la ermita  
que el pastor dicho le había.  
Él, dando gracias a Dios,  
luego a rezar se metía;  
después que hubo rezado  
para el ermitaño se iba,  
hombre es de autoridad  
que bien se le parecía.  
Preguntóle el ermitaño  
cómo allí fue su venida;  
el rey, los ojos llorosos,  
aquesto le respondía:  
-El desdichado Rodrigo  
yo soy, que rey ser solía;  
véngome a hacer penitencia  
contigo en tu compañía;  
no recibas pesadumbre,  
por Dios y Santa María.  
El ermitaño se espanta,  
por consolarlo decía:  
-Vos cierto habéis elegido  
camino cual convenía  
para vuestra salvación,  
que Dios os perdonaría.  
El ermitaño ruega a Dios  
por si le revelaría  
la penitencia que diese  
al rey, que le convenía.  
Fuele luego revelado  
de parte de Dios un día  
que le meta en una tumba  
con una culebra viva;  
y esto tome en penitencia  
por el mal que hecho había.

El ermitaño al rey  
muy alegre se volvía,  
contóselo todo al rey  
como pasado le había.  
El rey, de esto muy gozoso,  
luego en obra lo ponía:  
métese como Dios manda  
para allí acabar su vida.  
El ermitaño muy santo  
mírale al tercero día,  
dice: -¿Cómo os va, buen rey?  
¿Vaos bien con la compañía?  
-Hasta ahora no me ha tocado,  
porque Dios no lo quería;  
ruega por mí, el ermitaño,  
porque acabe bien mi vida.  
El ermitaño lloraba,  
gran compasión le tenía,  
comenzóle a consolar  
y esforzar cuanto podía.  
Después vuelve el ermitaño  
a ver si ya muerto había;  
halló que estaba rezando  
y que gemía y plañía;  
preguntóle cómo estaba.

-Dios es en la ayuda mía,  
respondió el buen rey Rodrigo,  
la culebra me comía;  
cómeme ya por la parte  
que todo lo merecía,  
por donde fue el principio  
de la mi muy gran desdicha.  
El ermitaño lo esfuerza,  
el buen rey allí moría.  
Aquí acabó el rey Rodrigo,  
al cielo derecho se iba.

*El nacimiento de Bernardo*

En los reinos de León  
el casto Alfonso reinaba;  
hermosa hermana tenía,  
doña Jimena se llama;  
enamórase de ella  
ese conde de Saldaña,  
mas no vivía engañado,  
porque la infanta lo amaba.  
Muchas veces fueron juntos,  
que nadie lo sospechaba;  
de las veces que se vieron  
la infanta quedó preñada.  
La infanta parió a Bernardo,  
y luego monja se entraba.  
Mandó el rey prender al conde  
y ponerle muy gran guarda.

*Por las riberas de Arlanza...*

Por las riberas de Arlanga  
Bernardo el Carpio cavalga,  
en un cavallo morcillo  
enjaeçado de grana;  
la lança terciada lleva  
y en el argón una adarga.  
Mirávanle los de Burgos,  
toda la gente admirada,  
porque no se suele armar  
sino a cossa señalada;  
también le mirava el rey,  
que está bolando una garça.  
Dezía el rey a los suyos:  
-Esta es una buena lança;  
o era Bernardo del Carpio,  
o era Muça el de Granada.-  
Estando en estas razones,  
Bernardo el Carpio llegava,  
sosegando va el caballo,  
mas no dejara la lança.

Habló como hombre esforçado,  
desta suerte al rey hablava:  
-Bastardo me llaman, rey,  
siendo hijo de tu hermana;  
tú y los tuyos lo dizen,  
que ninguno otro no osava;  
cualquiera que tal a dicho  
ha mentido por la barba;  
que ni mi padre es traidor  
ni mala muger tu hermana,  
que cuando yo fui nacido,  
ya mi madre era cassada;  
metiste a mi padre en hierros  
y a mi madre en orden sacra  
por dejar esos tus reinos  
a aquessos reyes de Francia.  
Con gascones y leoneses  
y con la gente asturiana  
yo iré por su capitán  
o moriré en la batalla.-

Entrevista de Bernardo con el rey

Con cartas y mensajeros  
 el rey al Carpio envió;  
 Bernardo, como es discreto,  
 de traición se receló;  
 las cartas echó en el suelo  
 y al mensajero habló:  
 -Mensajero eres, amigo,  
 no mereces culpa, no,  
 mas al rey que acá te envía  
 dígasle tú esta razón:  
 que no lo estimo yo a él  
 ni aun a cuantos con él son;  
 mas por ver lo que me quiere  
 todavía allá iré yo.  
 Y mandó juntar los suyos,  
 de esta suerte les habló:  
 -Cuatrocientos sois, los míos,  
 los que comedes mi pan:<sup>2</sup>  
 los ciento irán al Carpio,  
 para el Carpio guardar;  
 los ciento por los caminos,  
 que a nadie dejan pasar;  
 doscientos iréis conmigo  
 para con el rey hablar;  
 si mala me la dijere,  
 peor se la he de tornar.  
 Por sus jornadas contadas  
 a la corte fue a llegar:  
 -Dios os mantenga, buen rey,  
 y a cuantos con vos están.  
 -Mal vengades vos, Bernardo,  
 traidor, hijo de mal padre,  
 dite yo el Carpio en tenencia,  
 tú tómaslo en heredad.  
 -Mentides, el rey, mentides,  
 que no dices la verdad,

que si yo fuese traidor,  
 a vos os cabría en parte.  
 Acordárseos debía  
 de aquella del Encinal,  
 cuando gentes extranjeras  
 allí os trataron tan mal,  
 que os mataron el caballo  
 y aun a vos querían matar;  
 Bernardo, como traidor,  
 de entre ellos os fue a sacar.  
 Allí me disteis el Carpio  
 de juro y de heredad,  
 prometístesme a mi padre,  
 no me guardaste verdad.  
 -Prendedlo, mis caballeros,  
 que igualado se me ha.  
 -Aquí, aquí los mis doscientos,  
 los que comedes mi pan,  
 que hoy era venido el día  
 que honra habemos de ganar.  
 El rey, de que aquesto viera,  
 de esta suerte fue a hablar:  
 -¿Qué ha sido aquesto, Bernardo,  
 que así enojado te has?  
 ¿lo que hombre dice de burla  
 de veras vas a tomar?  
 Yo te do el Carpio, Bernardo,  
 de juro y de heredad.  
 -Aquesas burlas, el rey,  
 no son burlas de burlar;  
 llamásteme de traidor,  
 traidor, hijo de mal padre;  
 el Carpio yo no lo quiero,  
 bien lo podéis vos guardar,  
 que cuando yo lo quisiere,  
 muy bien lo sabré ganar.

<sup>2</sup> En este romance apreciamos un cambio en la rima, de ó a á-(e) . No es lo habitual, pero tampoco resulta raro. Para mantener la rima hasta el final, es necesario contar con una e final paragógica (*tornare, verdade*), que aquí hemos omitido por respetar el texto que usamos como fuente.

### *Crianza de Fernán González*

En Castilla no había rey,  
ni menos emperador,  
sino un infante niño,  
(niño) y de poco valor;  
andábanlo por hurtar  
caballeros de Aragón.  
Hurtado le ha un carbonero  
de los que hacen carbón.  
No le muestra a cortar leña,  
ni menos hacer carbón,  
muéstrale a jugar las cañas  
y muéstrale justador,  
también a jugar los dados  
y las tablas muy mejor.  
—Vámonos, dice, mi ayo,  
a mis tierras de Aragón;  
a mí me alzarán por rey  
y a vos por gobernador.

### *Castellanos y leoneses...*

Castellanos y leoneses  
tienen grandes divisiones,  
el conde Fernán González  
y el buen rey don Sancho Ordóñez;  
sobre el partir de las tierras,  
ahí pasan malas razones:  
llamábanse de hi-de-putas,  
hijos de padres traidores;  
echan mano a las espadas,  
derriban ricos mantones.  
No les pueden poner tregua  
cuantos en la corte sone;  
pónenselas dos frailes,  
aguesos benditos monjes,  
que el uno es tío del rey,  
el otro hermano del conde.  
Pónenlas por quince días,  
que no pueden por más, no,  
que se vayan a los prados  
que dicen de Carrión.

Si mucho madruga el rey,  
el conde no dormía, no.  
El conde partió de Burgos,  
y el rey partió de León;  
venido se han a juntar  
al vado de Carrión,  
y a la pasada del río  
movieron una cuestión:  
los del rey, que pasarían,  
y los del conde, que no.  
El rey, como era risueño,  
la su mula revolvió,  
el conde, con lozanía,  
su caballo arremetió;  
con el agua y el arena  
al buen rey le salpicó.  
Allí hablara el buen rey,  
su gesto muy demudado:  
-Buen conde Fernán González,  
mucho sois desmesurado,

si no fuera por las treguas  
que los monjes nos han dado,  
la cabeza de los hombros  
ya yo os la hubiera quitado,  
y con la sangre vertida  
yo tiñiera aqueste vado.  
El conde le respondiera,  
como aquel que era osado:  
-Eso que decís, buen rey,  
véolo mal aliñado:  
vos venís en gruesa mula,  
yo en un ligero caballo;  
vos traéis sayo de seda,  
yo traigo un arnés trenzado;  
vos traéis alfanje de oro,  
yo traigo lanza en mi mano  
vos traéis cetro de rey,  
yo un venablo acerado;  
vos con guantes olorosos,  
yo con los de acero claro;  
vos con la gorra de fiesta,  
yo con un casco afinado;  
vos traéis ciento de mula,  
yo trescientos de a caballo.  
Ellos en aquesto estando,  
los frailes que han allegado:  
-¡Tate, tate, caballeros!  
¡Tate, tate, hijosdalgo!  
¡Cuán mal cumplisteis las treguas  
que nos habíades mandado!

Allí hablara el buen rey:  
-Yo las cumpliré de grado.  
Pero respondiera el conde:  
-Yo de pies puesto en el campo.  
Cuando vido aquesto el rey,  
no quiso pasar el vado;  
vuélvese para sus tierras,  
malamente va enojado,  
grandes bascas va haciendo,  
reciamente va jurando,  
que había de matar al conde  
y destruir su condado.  
Y mandó llamar a cortes,  
por los grandes ha enviado;  
todos ellos son venidos,  
sólo el conde ha faltado.  
Mensajero se le hace  
a que cumpla su mandato;  
el mensajero que fue  
de esta suerte le ha hablado.

***Buen Conde Fernán González...***

-Buen conde Fernán González,  
el rey envía por vos,  
que vayades a las cortes  
que se hacían en León;  
que si vos allá vais, conde,  
daros han buen galardón:  
daros ha a Palenzuela  
y a Palencia la mayor,  
daros ha a las nueve villas,  
con ellas a Carrión,  
daros ha a Torquemada,  
la torre de Mormojón.  
Buen conde, si allá no ides  
daros hían por traidor.  
Allí respondiera el conde  
y dijera esta razón:  
-Mensajero eres, amigo,  
no mereces culpa, no;  
yo no he miedo al rey,  
ni a cuantos con él son.  
Villas y castillos tengo,  
todos a mi mandar son;  
de ellos me dejó mi padre,  
de ellos me ganara yo;  
los que me dejó el mi padre  
poblélos de ricos hombres,  
las que me ganara yo  
poblélas de labradores;  
quien no tenía más que un buey  
dábale otro, que eran dos,  
al que casaba su hija  
dole yo muy rico don;  
cada día que amanece  
por mí hacen oración,  
no la hacían por el rey,  
que no lo merece, non,  
él les puso muchos pechos  
y quitáraselos yo.

*¡Ay Dios, qué buen caballero...!*

¡Ay Dios, qué buen caballero  
 fue don Rodrigo de Lara,  
 que mató cinco mil moros  
 con trescientos que llevaba!  
 Si aqueste muriera entonces,  
 ¡qué grande fama dejara!,  
 no matara a sus sobrinos,  
 los siete infantes de Lara,  
 ni vendiera sus cabezas  
 al moro que las llevaba.  
 Ya se trataban sus bodas  
 con la linda doña Lambra.  
 Las bodas se hacen en Burgos,  
 las tornabodas en Salas;  
 las bodas y tornabodas  
 duraron siete semanas:  
 las bodas fueron muy buenas,  
 mas las tornabodas malas.  
 Ya convidan por Castilla,  
 por Castilla y por Navarra:  
 tanta viene de la gente  
 que no hallaban posadas,  
 y aún faltaban por venir  
 los siete infantes de Lara.  
 Helos, helos por do vienen  
 por aquella vega llana;  
 sáuelos a recibir  
 la su madre doña Sancha.  
 -Bien vengades, los mis hijos,  
 buena sea vuestra llegada.  
 -Norabuena estéis, señora,  
 nuestra madre doña Sancha.  
 Ellos le besan las manos,  
 ella a ellos en la cara.  
 -Huelgo de veros a todos,  
 que ninguno no faltara,  
 porque a vos, mi Gonzalvico,  
 y a todos mucho os amaba.  
 Tornad a cabalgar, hijos,  
 y tomad las vuestras armas,  
 y allá os iréis a posar  
 al barrio de Cantarranas.  
 Por Dios os ruego, mis hijos,  
 no salgáis de las posadas,  
 porque en semejantes fiestas  
 se urden buenas lanzadas.  
 Ya cabalgan los infantes  
 y se van a sus posadas;

hallaron las mesas puestas,  
 viandas aparejadas.  
 Después que hubieron comido,  
 pidieron juegos de tablas,  
 si no fuera Gonzalvico  
 que su caballo demanda,  
 y muy bien puesto en la silla  
 se sale por la plaza,  
 en donde halló a don Rodrigo  
 que a una torre tira varas,  
 y con fuerza muy crecida  
 a la otra parte pasaban.  
 Gonzalvico que esto viera,  
 las suyas también tiraba:  
 las suyas que pesan mucho  
 a lo alto no llegaban.  
 Doña Lambra que esto vido,  
 de esta manera le hablaba:  
 -Amad, oh dueñas, amad  
 cada cual en su lugar;  
 más vale mi caballero  
 que cuatro de los de Salas.  
 Cuando Sancha aquesto oyó,  
 respondió muy enojada:  
 -Callede, Lambra, callede,  
 no digáis la tal palabra,  
 que si mis hijos lo saben  
 ante ti te lo mataran.  
 -Callede vos, doña Sancha,  
 que tenéis por qué callar,  
 pues paristes siete hijos,  
 como puerca en muladar.  
 Gonzalvico que esto oyera,  
 esta respuesta le da:  
 Yo te cortaré las faldas  
 por vergonzoso lugar,  
 por cima de las rodillas  
 un palmo y mucho más.  
 Al llanto de doña Lambra  
 don Rodrigo fue a llegar:  
 -¿Qué es aquesto, doña Lambra?  
 ¿quién os pretendió enojar?  
 Si me lo dices, yo entiendo  
 que te lo he de vengar,  
 porque a dueña tal que vos  
 todos la deben honrar.

*La venganza de Mudarra*

A cazar va don Rodrigo,  
y aun don Rodrigo de Lara,  
con la grande siesta que hace  
arimándose ha a una haya,  
maldiciendo a Mudarrillo,  
hijo de la renegada,  
que si a las manos le hubiese  
que le sacaría el alma.

El señor estando en esto,  
Mudarrillo que asomaba:

-Dios te salve, caballero,  
debajo la verde haya.

-Así haga a ti, escudero,  
buena sea tu llegada.

-Dígame tú, el caballero,  
¿cómo era la tu gracia?

-A mí me dicen don Rodrigo,  
y aun don Rodrigo de Lara,  
cuñado de Gonzalo Gustos,  
hermano de doña Sancha;  
por sobrinos me los hube  
los siete infantes de Salas;  
espero aquí a Mudarrillo,  
hijo de la renegada;  
si delante lo tuviese,  
yo le sacaría el alma.

-Si a ti te dicen don Rodrigo,  
y aun don Rodrigo de Lara,  
a mí Mudarra González,  
hijo de la renegada;

de Gonzalo Gustos hijo  
y alnado de doña Sancha;  
por hermanos me los hube  
los siete infantes de Salas.

Tú los vendiste, traidor,  
en el val de Arabiana,  
mas si Dios a mí me ayuda,  
aquí dejarás el alma.

-Espérame, don Gonzalo,  
iré a tomar las mis armas.

-El espera que tú diste  
a los infantes de Lara.

Aquí morirás, traidor,  
enemigo de doña Sancha.

*Romance del Cid Ruy Díaz*

Cabalga Diego Laínez  
al buen rey besar la mano;  
consigo se los llevaba  
los trescientos hijosdalgo,  
entre ellos iba Rodrigo,  
el soberbio castellano.  
Todos cabalgan a mula,  
sólo Rodrigo a caballo;  
todos visten oro y seda,  
Rodrigo va bien armado;  
todos espadas ceñidas,  
Rodrigo estoque dorado;  
todos con sendas varicas,  
Rodrigo lanza en la mano;  
todos guantes olorosos,  
Rodrigo guante mallado;  
todos sombreros muy ricos,  
Rodrigo casco afilado,  
y encima del casco lleva  
un bonete colorado.  
Andando por su camino,  
unos con otros hablando,  
allegados son a Burgos,  
con el rey se han encontrado.  
Los que vienen con el rey  
entre sí van razonando;  
unos lo dicen de quedo,  
otros lo van preguntando:  
-aquí viene, entre esta gente,  
quien mató al conde Lozano.  
Como lo oyera Rodrigo  
en hito los ha mirado,  
con alta y soberbia voz  
de esta manera ha hablado:  
-Si hay alguno entre vosotros  
su pariente o adeudado  
que se pese de su muerte,  
salga luego a demandallo,  
yo se lo defenderé,  
quiera pie, quiera caballo.  
Todos responden a una:  
-Demándelo su pecado.  
Todos se apearon juntos  
para al rey besar la mano,

Rodrigo se quedó solo,  
encima de su caballo;  
entonces habló su padre,  
bien oiréis lo que ha hablado:  
-Apeaos vos, mi hijo,  
besaréis al rey la mano  
porque él es vuestro señor,  
vos, hijo, sois su vasallo.  
Desque Rodrigo esto oyó,  
sintiose más agraviado;  
las palabras que responde  
son de hombre muy enojado:  
-Si otro me lo dijera  
ya me lo hubiera pagado,  
mas por mandarlo vos, padre,  
yo lo haré de buen grado.  
Ya se apeaba Rodrigo  
para al rey besar la mano;  
al hincar de la rodilla  
el estoque se ha arrancado;  
espantose de esto el rey  
y dijo como turbado:  
-Quítate Rodrigo, allá,  
quítateme allá, diablo,  
que tienes el gesto de hombre  
y los hechos de león bravo.  
Como Rodrigo esto oyó  
aprisa pide el caballo;  
con una voz alterada  
contra el rey así ha hablado:  
-Por besar mano de rey  
no me tengo por honrado,  
porque la besó mi padre  
me tengo por afrentado.  
En diciendo estas palabras  
salido se ha del palacio,  
consigo se los tornaba  
los trescientos hijosdalgo.  
Si bien vinieron vestidos,  
volvieron mejor armados,  
y si vinieron en mulas,  
todos vuelven en caballos.

*Romance de Jimena Gómez*

Día era de los Reyes,  
 día era señalado,  
 cuando dueñas y doncellas  
 al rey piden aguinaldo,  
 sino es Jimena Gómez,  
 hija del conde Lozano,  
 que puesta delante el rey  
 de esta manera ha hablado:  
 -Con mancilla vivo, rey,  
 con ella vive mi madre<sup>3</sup>;  
 cada día que amanece  
 veo quien mató a mi padre,  
 caballero en un caballo  
 y en su mano un gavilane:  
 otras veces con un halcón  
 que trae para cazare:  
 por hacerme más enojo,  
 cébalo en mi palomare,  
 con sangre de mis palomas  
 ensangrentó mi briale.  
 Enviéselo a decir,  
 envióme a amenazare  
 que me cortará mis haldas  
 por vergonzoso lugare,  
 me forzará mis doncellas,  
 casadas y por casare,  
 matarame un pajecico  
 so haldas de mi briale.  
 Rey que no hace justicia  
 no debía de reinare,  
 ni cabalgar en caballo,  
 ni espuela de oro calzare,  
 ni comer pan en manteles,  
 ni con la reina holgare,  
 ni oír misa en sagrado,  
 porque no merece mase.  
 El rey, de que esto oyera,  
 comenzara de hablare:  
 -¡Oh, válame Dios del cielo!  
 ¡Quiérame Dios consejare!  
 Si yo prendo o mato al Cid  
 mis cortes se volverane,

y si no hago justicia  
 mi alma lo pagarée.  
 -Ten tú las tus cortes, rey,  
 no te las revuelva nadie;  
 al Cid que mató a mi padre  
 dámelo tú por iguale,  
 que quien tanto mal me hizo  
 sé que algún bien me harée.  
 Entonces dijera el rey,  
 bien oiréis lo que dirée:  
 -Siempre lo oí decir,  
 y agora veo que es verdade,  
 que el seso de las mujeres  
 que no era naturale:  
 hasta aquí pidió justicia,  
 ya quiere con él casare.  
 Yo lo haré de buen grado,  
 de muy buena voluntade;  
 mandarle quiero una carta,  
 mandarle quiero llamare.  
 Las palabras no son dichas,  
 la carta camino vae,  
 mensajero que la lleva  
 dado la había a su padre.  
 -Malas mañas habéis, conde,  
 no vos las puedo quitare,  
 que cartas que el rey vos manda  
 no me las queréis mostrare.  
 -No era nada, mi hijo,  
 sino que vades allae.  
 Quedaos vos aquí, mio hijo,  
 yo iré en vuestro lugare.  
 -Nunca Dios a tal quiera  
 ni Santa María lo mande,  
 sino que adonde vos fuéredes  
 que allá vaya yo delante.

<sup>3</sup> En este romance puede apreciarse otro cambio de rima (de *á-o* a *á-e*), también con abundancia de *e* paragógica que, en muchos casos, ni siquiera responde a la etimología ni a la morfología de la palabra.

*Por el val de las Estacas...*

Por el val de las Estacas  
pasó el Cid a mediodía,  
en su caballo Babieca:  
¡oh, qué bien que parecía!  
El rey moro que lo supo  
a recibirle salía,  
dijo: -Bien vengas, el Cid,  
buena sea tu venida,  
que si quieres ganar sueldo,  
muy bueno te lo daría,  
o si vienes por mujer,  
darte he una hermana mía.  
-Que no quiero vuestro sueldo  
ni de nadie lo querría,  
que ni vengo por mujer,  
que viva tengo la mía,  
vengo a que pagues las parias  
que tú debes a Castilla.  
-No te las daré yo, el buen Cid,  
Cid, yo no te las daría;  
si mi padre las pagó,  
hizo lo que no debía.  
-Si por bien no me las das,  
yo por mal las tomaría.  
-No lo harás así, buen Cid,  
que yo buena lanza había.  
-En cuanto a eso, rey moro,  
creo que nada te debía,  
que si buena lanza tienes,  
por buena tengo la mía;  
mas da sus parias al rey,  
a ese buen rey de Castilla.  
-Por ser vos su mensajero,  
de buen grado las daría.

***Romance del rey don Sancho***

-¡Guarte, guarte, rey don Sancho!,  
no digas que no te aviso,  
que de dentro de Zamora  
un alevoso ha salido;  
llámase Vellido Dolfos,  
hijo de Dolfos Vellido,  
cuatro traiciones ha hecho,  
y con ésta serán cinco;  
si gran traidor fue el padre,  
mayor traidor es el hijo.  
Gritos dan en el real: -  
¡A don Sancho han mal herido,  
muerto le ha Vellido Dolfos,  
gran traición ha cometido!  
Desde que le tuviera muerto,  
metiose por un postigo;  
por las calle de Zamora  
va dando voces y gritos:  
-Tiempo era, doña Urraca,  
de cumplir lo prometido.

*Juramento que tomó el Cid al rey Don Alfonso*

En santa Águeda de Burgos,  
do juran los hijosdalgo,  
le toman jura a Alfonso  
por la muerte de su hermano;  
tomábasela el buen Cid,  
ese buen Cid castellano,  
sobre un cerrojo de hierro  
y una ballesta de palo  
y con unos evangelios  
y un crucifijo en la mano.  
Las palabras son tan fuertes  
que al buen rey ponen espanto.  
—Villanos te maten, Alfonso,  
villanos, que no hidalgos,  
de las Asturias de Oviedo,  
que no sean castellanos;  
mátente con agujijadas,  
no con lanzas ni con dardos;  
con cuchillos cachicuernos,  
no con puñales dorados;  
abarcas traigan calzadas,  
que no zapatos con lazo;  
capas traigan aguaderas,  
no de contray ni frisado;  
con camisones de estopa,  
no de holanda ni labrados;  
caballeros vengan en burras,  
que no en mulas ni en caballos;  
frenos traigan de cordel,  
que no cueros fogueados.  
Mátente por las aradas,  
que no en villas ni en poblado,  
sáquente el corazón  
por el siniestro costado,  
si no dijeres la verdad  
de lo que te fuere preguntando,  
si fuiste, o consentiste  
en la muerte de tu hermano.  
Las juras eran tan fuertes  
que el rey no las ha otorgado.

Allí habló un caballero  
que del rey es más privado:  
—Haced la jura, buen rey,  
no tengáis de eso cuidado,  
que nunca fue rey traidor,  
ni papa descomulgado.  
Jurado había el rey  
que en tal nunca se ha hallado;  
pero allí hablara el rey  
malamente y enojado:  
—Muy mal me conjuras, Cid,  
Cid, muy mal me has conjurado,  
mas hoy me tomas la jura,  
mañana me besarás la mano.  
—Por besar mano de rey  
no me tengo por honrado,  
porque la besó mi padre  
me tengo por afrentado.  
—Vete de mis tierras, Cid,  
mal caballero probado,  
y no vengas más a ellas  
dende este día en un año.  
—Pláceme, dijo el buen Cid,  
pláceme, dijo, de grado,  
por ser la primera cosa  
que mandas en tu reinado.  
Tú me destierras por uno,  
yo me destierro por cuatro.  
Ya se parte el buen Cid,  
sin al rey besar la mano,  
con trescientos caballeros,  
todos eran hijosdalgo;  
todos son hombres mancebos,  
ninguno no había cano;  
todos llevan lanza en puño  
y el hierro acicalado,  
y llevan sendas adargas  
con borlas de colorado.  
Mas no le faltó al buen Cid  
adonde asentar su campo.

*En las almenas de Toro...*

En las almenas de Toro,  
allí estaba una doncella,  
vestida de negros paños,  
reluciente como estrella;  
pasara el rey don Alonso,  
namorado se había de ella,  
dice: -Si es hija de rey  
que se casaría con ella,  
y si es hija de duque  
serviría por manceba.  
Allí hablara el buen Cid,  
estas palabras dijera:  
-Vuestra hermana es, señor,  
vuestra hermana es aquella.  
-Si mi hermana es, dijo el rey,  
fuego malo encienda en ella.  
Llámenme mis ballesteros,  
tírenle sendas saetas,  
y aquel que la errare  
que le corten la cabeza.  
Allí hablara el buen Cid,  
de esta suerte respondiera:  
-Mas aquel que la tirare,  
pase por la misma pena.  
-Ios de mis tiendas, Cid,  
no quiero que estéis en ellas.  
-Pláceme, respondió el Cid,  
que son viejas, y no nuevas;  
irme he yo para las mías  
que son de brocado y seda,  
que no las gané holgando,  
ni bebiendo en la taberna,  
ganélas en las batallas  
con mi lanza y mi bandera.

## II. ROMANCES DE INVENCIÓN

### d) *Romances caballerescos*

#### *Lanzarote y el orgulloso*

Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido  
como fuera Lanzarote  
cuando de Bretaña vino,  
que dueñas curaban de él,  
doncellas del su rocino.  
Esa dueña Quintañoa,  
ésa le escanciaba el vino,  
la linda reina Ginebra  
se lo acostaba consigo;  
y estando al mejor sabor,  
que sueño no había dormido,  
la reina toda turbada  
un pleito ha conmovido:  
-Lanzarote, Lanzarote,  
si antes hubieras venido,  
no hablara el orgulloso  
las palabras que había dicho,  
que a pesar de vos, señor,  
se acostaría conmigo.  
Ya se arma Lanzarote  
de gran pesar conmovido,  
despídese de su amiga,  
pregunta por el camino.  
Topó con el orgulloso  
debajo de un verde pino,  
combátense de las lanzas,  
a las hachas han venido.  
Ya desmaya el orgulloso,  
ya cae en tierra tendido.  
Cortárale la cabeza,  
sin hacer ningún partido;  
vuélvese para su amiga  
donde fue bien recibido.

*Romance de Montesinos*

Cata Francia, Montesinos,  
cata París, la ciudad,  
cata las aguas de Duero  
do van a dar en la mar;  
cata palacios del rey,  
cata los de don Beltrán,  
y aquella que ves más alta  
y que está en mejor lugar,  
es la casa de Tomillas,  
mi enemigo mortal;  
por su lengua difamada  
me mandó el rey desterrar  
y he pasado a causa de esto  
mucha sed, calor y hambre,  
trayendo los pies descalzos,  
las uñas corriendo sangre.  
A la triste madre tuya  
por testigo puedo dar,  
que te parió en una fuente,  
sin tener en qué te echar;  
yo, triste, quité mi sayo  
para haber de cobijarte;  
ella me dijo llorando  
por te ver tan mal pasar:  
-Tomes este niño, conde,  
y lléveslo a cristianar,  
llamédesle Montesinos,  
Montesinos le llamad.  
Montesinos, que lo oyera,  
los ojos volvió a su padre;  
las rodillas por el suelo  
empezóle de rogar:  
le quisiese dar licencia  
que en París quiere pasar  
y tomar sueldo del rey,  
si se lo quisiere dar,  
por vengarse de Tomillas,  
su enemigo mortal,  
que si sueldo del rey toma,  
todo se puede vengar.  
Ya que despedirse quieren  
a su padre fue a rogar  
que a la triste de su madre

él la quiera consolar  
y de su parte le diga  
que a Tomillas va buscar.  
-Pláceme, dijera el conde,  
hijo por te contentare.  
Ya se parte Montesinos  
para en París entrare,  
y en entrando por las puertas  
luego quiso preguntar  
por los palacios del rey  
que se los quieran mostrar.  
Los que se lo oían decir  
de él se empiezan a burlar,  
viéndolo tan mal vestido  
piensan que es loco o truhán;  
en fin, muéstranle el palacio,  
entró en la sala real,  
halló que comía el rey,  
don Tomillas a la par.  
Mucha gente está en la sala,  
por él no quieren mirar.  
Desque hubieron ya comido  
al'jedrez van a jugar,  
solos el rey y Tomillas  
sin nadie a ellos hablar,  
si no fuera Montesinos  
que llegó a los mirar;  
mas el falso don Tomillas,  
en quien nunca hubo verdad,  
jugará una treta falsa,  
donde no pudo callar  
el noble de Montesinos,  
y publica su maldad.  
Don Tomillas que esto oyera,  
con muy gran riguridad,  
levantando la su mano,  
un bofetón le fue a dar.  
Montesinos con el brazo  
el golpe le fue a tomar,  
y echando mano al tablero  
a don tomillas fue a dar  
un tal golpe en la cabeza,  
que le hubo de matar.

Murió el perverso dañado,  
sin valerle la maldad.  
Alborótanse los grandes  
cuantos en la sala están;  
prendieron a Montesinos  
y queríanlo matar,  
sino que el rey mandó a todos  
que no le hiciesen mal,  
porque él quería saber  
quién le dio tan grande osar;  
que no sin algún misterio  
él no osaría tal obrar.  
Cuando el rey le interrogara  
él dijera la verdad:  
-Sepa tu real Alteza  
soy tu nieto natural;  
hijo soy de vuestra hija,  
la que hicisteis desterrar  
con el conde don Grimaltos,  
vuestro servidor leal,  
y por falsa acusación  
le quisiste maltratar.  
Mas agora vuestra Alteza  
puédese de ello informar,  
que el falso don Tomillas  
sepan si dijo verdad,  
y si pena yo merezco,  
buen rey, mándemela dar,  
y también si no la tengo  
mándesme de soltar,  
y la buen conde y la condesa  
los mandéis ir a buscar,  
y los tornéis a sus tierras  
como solían estar.  
Cuando el rey aquesto oyera  
no quiso más escuchar.  
Aunque veía ser su nieto  
quiso saber la verdad,  
y supo que don Tomillas  
ordenó aquella maldad  
por envidia que les tuvo  
al ver su prosperidad.  
Cuando el rey la verdad supo

al buen conde hizo llamar,  
gente de a pie y de a caballo  
iban por le acompañar,  
y damas por la condesa  
como solía llevar.  
Llegado junto a París  
dentro no quería entrar,  
porque cuando de él salieron  
los dos fueron a jurar  
que las puertas de París  
nunca las vieran pasar.  
Cuando el rey aquello supo  
luego mandó derribar  
un pedazo de la cerca  
por do pudiesen pasar  
sin quebrar el juramento  
que ellos fueron a jurar.  
Llévanlos a los palacios  
con mucha solemnidad,  
y hácenlos muy ricas fiestas  
cuantos en la corte están.  
Caballeros, dueñas, damas  
les vienen a visitar,  
y el rey delante de todos  
por mayor honra les dar,  
les dijo que había sabido  
como era todo maldad,  
lo que dijo don Tomillas  
cuando lo hizo desterrar.  
Y porque sea más creído  
allí les tornó a firmar  
todo lo que antes tenían  
el gobierno general,  
y que después de sus días  
el reino haya de heredar  
el noble de Montesinos  
y así lo mandó firmar.

*Primer romance de Gaiferos*

Estábase la condesa  
en su estrado asentada,  
tijericas de oro en mano,  
su hijo afeitando estaba.  
Palabras le está diciendo,  
palabras de gran pesar;  
las palabras eran tales  
que al niño hacen llorar.  
–Dios te dé barbas en rostro,  
y te haga barragán;  
déte Dios ventura en armas,  
como al paladín Roldán,  
porque vengases, mi hijo,  
la muerte de vuestro padre.  
Matáronlo a traición  
por casar con vuestra madre.  
Ricas bodas me hicieron  
en las cuales Dios no ha parte;  
ricos paños me cortaron,  
la reina no los ha tales.–  
Maguera pequeño el niño,  
bien entendido lo ha.  
Allí respondió Gaiferos,  
bien oiréis lo que dirá:  
–Así ruego a Dios del cielo  
y a Santa María su Madre.–  
Oídolo había el conde  
en los palacios do está:  
¡Calles, calles, la condesa,  
boca mala sin verdad!,  
que yo no matara el conde,  
ni lo hiciera matar;  
mas tus palabras, condesa,  
el niño las pagará.–  
Mandó llamar escuderos,  
criados son de su padre,  
para que lleven al niño,  
que lo lleven a matar.  
La muerte que él les dijera  
mancilla es de la escuchar:

–Córtenle el pie del estribo,  
la mano del gavlán,  
sáquenle ambos los ojos  
por más seguro andar  
y el dedo y el corazón  
traédmelo por señal.–  
Ya lo llevan a Gaiferos,  
ya lo llevan a matar;  
hablaban los escuderos  
con mancilla que d' él han:  
–¡Oh válasme Dios del cielo  
y Santa María su Madre!,  
si este niño matamos  
¿qué galardón nos darán?–  
Ellos en aquesto estando,  
no sabiendo qué harán,  
vieron venir una perrita  
de la condesa su madre.  
Allí habló el uno de ellos,  
bien oiréis lo que dirá:  
–Matemos esta perrita  
por nuestra seguridad,  
saquémosle el corazón  
y llevémoslo a Galván,  
cortémosle el dedo al chico  
por llevar mejor señal.–  
Ya tomaban a Gaiferos,  
para el dedo le cortar:  
–Venid acá vos, Gaiferos,  
y querednos escuchar;  
vos íos de aquesta tierra  
y en ella no parezcáis más.–  
Ya le daban entre señas  
el camino que hará:  
–Irvos heis de tierra en tierra  
a do vuestro tío está.–  
Gaiferos desconsolado  
por ese mundo se va;  
los escuderos se volvieron  
para do estaba Galván.

Danle el dedo y el corazón  
y dicen que muerto lo han.  
La condesa que esto oyera  
empezara gritos dar;  
lloraba de los sus ojos  
que quería reventar.  
Dejemos a la condesa,  
que muy grande llanto hace,  
y digamos de Gaiferos,  
del camino por do va.  
Que de día ni de noche  
no hace sino caminar  
fasta que llegó a la tierra  
adonde su tío está.  
Dícele de esta manera,  
y empezóle de hablar:  
–Manténgaos Dios, el mi tío.  
–Mi sobrino, bien vengáis.  
¿Qué buena venida es esta?,  
vos me la queráis contar.  
–La venida que yo vengo  
triste es y con pesar,  
que Galván con grande enojo  
mandado me había matar;

mas lo que vos ruego, mi tío,  
y lo que vos vengo a rogar,  
vamos a vengar la muerte  
de vuestro hermano, mi padre.  
Matáronlo a traición  
por casar con la mi madre.  
–Sosegaos, el mi sobrino,  
vos queráis aseogar,  
que la muerte de mi hermano  
bien la iremos a vengar.–  
Y ellos así estuvieron  
dos años y aun más,  
fasta que dijo Gaiferos  
y empezara de hablar.

*Síguese el segundo romance de Gaiferos*

-Vámonos, dijo, mi tío,  
en París, esa ciudade,  
en figura de romeros,  
no nos conozca Galvane,  
que si Galván nos conoce  
mandaría nos matar.  
Encima ropas de seda  
vistamos las de sayale,  
llevemos nuestras espadas,  
por más seguros andare,  
llevemos sendos bordones,  
por la gente asegurare.  
Ya se parten los romeros,  
ya se parten, ya se vane,  
de noche por los caminos,  
de día por los jarales.  
Andando por sus jornadas  
a París llegado hane;  
las puertas hallan cerradas,  
no hallan por dónde entrare.  
Siete vueltas la rodean  
por ver si podrán entrare,  
y al cabo de las ocho,  
un postigo van a hallare.  
Ellos que se vieron dentro  
empiezan a demandare:  
no preguntan por mesón,  
ni menos por hospitale,  
preguntan por los palacios  
donde la condesa estáe;  
y a las puertas del palacio  
allí van a demandare.  
Vieron estar la condesa  
y empezaron de hablare:  
-Dios te salve, la condesa.  
-Los romeros, bien vengades.  
-Mandedes nos dar limosna  
por honor de caridade.  
-Con Dios vades, los romeros,  
que no os puedo nada dare,  
que el conde me había mandado  
a romeros no albergare.  
-Dadnos limosna, señora,  
que el conde no lo sabrae,  
así la den a Gaiferos

en la tierra donde estáe.  
Así como oyó Gaiferos,  
comenzó de sospirare;  
mandábales dar del vino  
mandábales dar del pane.  
Ellos en aquesto estando,  
el conde llegado hae:  
-¿Qué es aquesto, la condesa?  
aquesto, ¿qué puede estare?  
¿no os tenía yo mandado  
a romeros no albergare?  
Dijo y alzara su mano  
puñada le fuera a dare,  
que sus dientes menudicos  
en tierra los fuera a echare.  
Allí hablaran los romeros  
y empezáronle de hablare:  
-¡Por hacer bien la condesa  
cierto no merece male!  
-Callede vos, los romeros,  
no hayades vuestra parte.  
Alzó Gaiferos su espada  
un golpe le fue a dare  
que la cabeza de sus hombros  
en tierra la fue a echare.  
Allí habló la condesa  
llorando con gran pesare:  
-¿Quién érades, los romeros,  
que al conde fuistes matare?  
Allí respondió el romero,  
tal respuesta le fuera dare:  
-Yo soy Gaiferos, señora,  
vuestro hijo naturale.  
-Aquesto no puede ser,  
ni era cosa verdade,  
que el dedo y el corazón  
yo lo tengo por señale.  
-El corazón que vos tenéis  
en persona no fue a estare,  
el dedo bien es aqueste,  
aquí lo veréis faltare.  
La condesa que esto oyera  
empezóle de abrazare,  
la tristeza que ella tiene  
en placer se fue a tornare.

*Romance de la fuga de Gaiferos*

Media noche era por filo,  
 los gallos querían cantar,  
 cuando el infante Gaiferos  
 salió de captividad;  
 muerto deja al carcelero  
 y a cuantos con él están;  
 vase por una calle ayuso  
 como hombre mundanal,  
 hablando en algarabía,  
 como aquel que bien la sabe.  
 Íbase para la puerta,  
 la puerta de la ciudad;  
 halla las puertas cerradas,  
 no halla por do botar.  
 Desque se vido perdido  
 empezara de llamar:  
 Ábrasme la puerta, el moro,  
 sí Alá te guarde de mal.  
 Mensajero soy del rey,  
 cartas llevo de mensaje.  
 Allá hablara el moro,  
 bien oiréis lo que dirá:  
 —Si eres mensajero, amigo,  
 y cartas llevas de mensaje,  
 esperases tú al día  
 y con los otros saldrás.  
 Desque esto oyera Gaiferos  
 bien oiréis lo que dirá:  
 Ábrasme la puerta, el moro,  
 sí Alá te guarde de mal.  
 Darte he tres pesantes de oro,  
 que aquí no traía más.  
 Oído lo había una morica,  
 que en altas torres está,

dícele de esta manera,  
 empezóle de hablar:  
 —Toma los pesantes, moro,  
 que menester te serán,  
 la mujer tienes moza,  
 hijos chicos de criar.  
 Desque esto oyó el moro  
 recio se fue a levantar,  
 las puertas que están cerradas  
 abríolas de par en par.  
 Acordósele a Gaiferos  
 de una espada que trae,  
 la cabeza de los hombros  
 derribado se la ha.  
 Muerto cae el morisco,  
 en el suelo muerto cae.  
 Desque esto vio la morisca  
 empieza de gritos dar,  
 ellos los daba tan grandes  
 que al cielo quieren llegar:  
 —¡Abrasmonte, Abrasmonte,  
 el señor de este lugar!  
 Cuando acuerdan por Gaiferos,  
 ya estaba en la cristiandad.

*Romance de Valdovinos*

Por los caños de Carmona,  
por do va el agua a Sevilla.  
por ahí iba Valdovinos  
y con él su linda amiga.  
Los pies lleva por el agua  
y la mano en la loriga',  
con el temor de los moros  
no le tuviesen espía.  
Júntanse boca con boca,  
nadie no los impedía.  
Valdovinos, con angustia,  
un suspiro dado había.  
¿Por qué suspiráis, señor,  
corazón y vida mía?  
O tenéis miedo a los moros,  
o en Francia tenéis amiga.  
No tengo miedo a los moros,  
ni en Francia tengo amiga.  
mas vos mora y yo cristiano  
hacemos muy mala vida,  
comemos la carne en viernes,  
lo que mi ley defendía,  
siete años había, siete,  
que yo misa no la oía;  
si el emperador lo sabe  
la vida me costaría.  
—Por tus amores, Valdovinos,  
cristiana me tornaría.  
Yo, señora, por los vuestros,  
moro de la morería.

*Romance de Doña Alda*

En París está doña Alda,  
la esposa de don Roldán,  
trescientas damas con ella  
para la acompañar:  
todas visten un vestido,  
todas calzan un calzar,  
todas comen a una mesa,  
todas comían de un pan,  
si no era doña Alda,  
que era la mayoral;  
las ciento hilaban oro,  
las ciento tejen cendal,  
las ciento tañen instrumentos  
para doña Alda holgar.  
Al son de los instrumentos  
doña Alda dormido se ha;  
ensoñando había un sueño,  
un sueño de gran pesar.  
Recordó despavorida  
y con un pavor muy grande;  
los gritos daba tan grandes  
que se oían en la ciudad.  
Allí hablaron sus doncellas,  
bien oiréis lo que dirán:  
-¿Qué es aquesto, mi señora?  
¿quién es el que os hizo mal?  
-Un sueño soñé, doncellas,  
que me ha dado gran pesar:  
que me veía en un monte  
en un desierto lugar:  
do so los montes muy altos  
un azor vide volar,  
tras dél viene una aguililla  
que lo ahínca muy mal.  
El azor, con grande cuita,

metióse so mi brial,  
el aguililla, con gran ira,  
de allí lo iba a sacar;  
con las uñas lo despluma,  
con el pico lo deshace.  
Allí habló su camarera,  
bien oiréis lo que dirá:  
-Aquese sueño, señora,  
bien os lo entiendo soltar:  
el azor es vuestro esposo  
que viene de allén la mar,  
el águila sedes vos,  
con la cual ha de casar,  
y aquel monte es la iglesia,  
donde os han de velar.  
-Si así es, mi camarera,  
bien te lo entiendo pagar.  
Otro día de mañana  
cartas de fuera le traen:  
tintas venían por dentro,  
de fuera escritas con sangre,  
que su Roldán era muerto  
en caza de Roncesvalles.

e) *Romances novelescos*

***Romance del prisionero***

Por el mes era de mayo  
cuando hace la calor,  
cuando canta la calandria  
y responde el ruiseñor,  
cuando los enamorados  
van a servir al amor,  
sino yo, triste cuitado,  
que vivo en esta prisión,  
que ni sé cuándo es de día,  
ni cuándo las noches son,  
sino por una avecilla  
que me cantaba al albor.  
Matómela un balletero  
¡Dele Dios mal galardón!  
Cabellos de mi cabeza  
lléganme al corvejón,  
los cabellos de mi barba  
por manteles tengo yo;  
las uñas de las mis manos  
por cuchillo tajador.  
Si lo hacía el buen rey,  
hácelo como señor,  
si lo hace el carcelero,  
hácelo como traidor.  
Mas quien ahora me diese  
un pájaro hablador,  
siquiera fuese calandria,  
o tordico, o ruiseñor,  
criado fuese entre damas  
y avezado a la razón,  
que me lleve una embajada  
a mi esposa Leonor:  
que me envíe una empanada,  
no de trucha, ni salmón,  
sino de una lima sorda  
y de un pico tajador:  
la lima para los hierros  
y el pico para el torreón.  
Oídolo había el rey,  
mandóle quitar la prisión.

***Romance de Fontefrida***

Fontefrida, Fontefrida,  
Fontefrida y con amor,  
do todas las avecicas  
van tomar consolación,  
sino es la tortolica  
que está viuda y con dolor.  
Por allí fuera a pasar  
el traidor del ruiseñor,  
las palabras que le dice  
llenas son de traición:  
-Si tú quisieses, señora,  
yo sería tu servidor.  
-Vete de ahí, enemigo,  
malo, falso, engañador,  
que ni poso en ramo verde,  
ni en prado que tenga flor,  
que si el agua hallo clara,  
turbia la bebía yo;  
que no quiero haber marido,  
porque hijos no haya, no;  
no quiero placer con ellos,  
ni menos consolación.  
¡Déjame, triste enemigo,  
malo, falso, mal traidor,  
que no quiero ser tu amiga  
ni casar contigo, no!

***Yo me levantara, madre...***

Yo me levantara, madre,  
mañanica de San Juan,  
vide estar una doncella  
ribericas de la mar.  
Sola lava y sola tuerce,  
sola tiende en un rosal;  
mientras los paños se enjugan  
dice la niña un cantar:  
-¿Dó los mis amores, dó los,  
¿dó los andaré a buscar?  
Mar abajo, mar arriba,  
diciendo iba el cantar,  
peine de oro en las sus manos  
por sus cabellos peinar:  
-Dígame tú, el marinero,  
sí, Dios te guarde de mal,  
si los viste mis amores,  
si los viste allá pasar.

*Romance de la infanta parida*

Parida estaba la infanta,  
la infanta parida estaba;  
para cumplir con el rey  
decía que estaba mala.  
Envió a llamar al conde  
que viniese a la su sala;  
el conde siendo llamado  
no tardó la su llegada.  
-¿Qué me queredes, mi vida?  
¿Qué me queredes, mi alma?  
-Que toméis esta criatura  
y la deis a criar a un ama.  
Ya la tomaba el buen conde  
en los cantos de su capa,  
mas de la sala saliendo  
con el buen rey encontrara.  
-¿Qué lleváis, el buen conde,  
en cantos de vuestra capa?  
-Unas almendras, señor,  
que son para una preñada.  
-Dédesme de ellas, el conde,  
para mi hija la infanta.  
-Perdónedes vos, el rey,  
porque las traigo contadas.  
Ellos en aquesto estando,  
la criatura lloraba.  
-Traidor me sois vos, el conde,  
traidor me sois en mi casa.  
-Yo no soy traidor, el rey,  
ni en mi linaje se halla:  
hermanos y primos tengo  
los mejores de Granada.  
Revolvió el manto al brazo  
y arrancó de la su espada,  
el conde, por la criatura,  
retiróse por la sala.  
El rey decía: -¡Prendedlo!;  
mas nadie prenderlo osaba.

La infanta, que luego oyera  
rencilla tan grande e brava,  
a una de las damas suyas  
lo que era preguntaba.  
-Es que el rey, señora, al conde  
de traidor lo difamaba  
porque en la su falda un niño  
del palacio lo sacaba,  
creyendo que a vos, señora,  
el conde vos deshonorara.  
Sale la infanta de prisa  
adonde su padre estaba,  
y la espada de la mano  
de presto se la quitara,  
diciendo: -Oídmme, señor,  
una cosa que os contara.  
El rey, que la quería bien,  
que dijese le mandaba.  
-Mía es la criatura  
que el conde, señor, llevaba,  
y el conde es mi marido,  
yo por tal lo publicaba.  
El rey, que aquello oyera,  
triste y espantado estaba:  
por un cabo quería vengarse,  
y por otro non osaba;  
al fin al mejor consejo  
como cuerdo se allegaba:  
con voz alta y amorosa  
dijo que les perdonaba.  
Mándales tomar las manos  
a un cardenal que allí estaba,  
y hacer bodas suntuosas  
de que todo el mundo holgaba,  
y así el pesar pasado  
con gran gozo se tornaba.

*Romance de Gerineldo*

Levantóse Gerineldo  
que al rey dejara dormido,  
fuese para la infanta  
donde estaba en el castillo.  
-Abráisme, dijo, señora,  
abráisme, cuerpo garrido.  
-¿Quién sois vos, el caballero,  
que llamáis a mi postigo?  
-Gerineldo soy, señora,  
vuestro tan querido amigo.  
Tomárala por la mano,  
en un lecho la ha metido,  
y besando y abrazando  
Gerineldo se ha dormido.  
Recordado había el rey  
de un sueño despavorido;  
tres veces lo había llamado,  
ninguna le ha respondido.  
-Gerineldo, Gerineldo,  
mi camarero pulido,  
si me andas en traición,  
trátasme como a enemigo.  
O dormías con la infanta  
o me has vendido el castillo.  
Tomó la espada en la mano,  
en gran saña va encendido,  
fuérase para la cama  
donde a Gerineldo vido.  
Él quisiéralo matar,  
mas criole de chiquito.  
Sacara luego la espada,  
entre entrambos la ha metido,  
porque desque recordase  
viese cómo era sentido.  
Recordado había la infanta  
y la espada ha conocido.  
-Recordaos, Gerineldo,  
que ya érades sentido,  
que la espada de mi padre  
yo me la he bien conocido.

*De Francia partió la niña...*

De Francia partió la niña,  
de Francia la bien guarnida,  
íbase para París,  
do padre y madre tenía.  
Errado lleva el camino,  
errada lleva la guía,  
arrimárase a un roble  
por esperar compañía.  
Vio venir un caballero  
que a París lleva la guía.  
La niña, desde lo vido,  
de esta suerte le decía:  
-Si te place, caballero,  
llévesme en tu compañía.  
-Pláceme, dijo, señora,  
pláceme, dijo, mi vida.  
Apeóse del caballo  
por hacerle cortesía;  
puso la niña en las ancas  
y subiérase en la silla.  
En el medio del camino  
de amores la requería.  
La niña, desde lo oyera,  
díjole con osadía:  
-Tate, tate, caballero,  
no hagáis tal villanía,  
hija soy de un malato  
y de una malatía,  
el hombre que a mí llegase  
malato se tornaría.  
El caballero, con temor,  
palabra no respondía.

A la entrada de París  
la niña se sonreía.  
-¿De qué vos reís, señora?  
¿De qué vos reís, mi vida?  
-Ríome del caballero  
y de su gran cobardía:  
¡Tener la niña en el campo  
y catarle cortesía!  
Caballero, con vergüenza,  
estas palabras decía:  
-Vuelta, vuelta, mi señora,  
que una cosa se me olvida.  
La niña, como discreta,  
dijo: -Yo no volvería,  
ni persona, aunque volviese,  
en mi cuerpo tocaría:  
hija soy del rey de Francia  
y de la reina Constantina,  
el hombre que a mí llegase  
muy caro le costaría.

*Romance de la infantina*

A cazar va el caballero,  
a cazar como solía,  
los perros lleva cansados,  
el halcón perdido había;  
arrimárase a un roble,  
alto es a maravilla,  
en una rama más alta,  
vido estar una infantina,  
cabellos de su cabeza  
todo el roble cubrían.  
-Note espantes, caballero,  
ni tengas tamaña grima.  
Fija soy yo del buen rey  
y de la reina de Castilla,  
siete fadas me fadaron  
en brazos de una ama mía,  
que andase los siete años  
sola en esta montiña.  
Hoy se cumplían los siete años,  
o mañana en aquel día;  
por Dios te ruego, caballero,  
llévesme en tu compañía,  
si quisieres, por mujer,  
si no, sea por amiga.  
-Esperáisme vos, señora,  
hasta mañana, aquel día,  
iré yo tomar consejo  
de una madre que tenía.  
La niña le respondiera  
y estas palabras decía:

-¡Oh, mal haya el caballero  
que sola deja la niña!  
Él se va a tomar consejo,  
y ella queda en la montiña.  
Aconsejóle su madre  
que la tomase por amiga.  
Cuando volvió el caballero  
no la hallara en la montiña:  
vídola que la llevaban  
con muy gran caballería.  
El caballero, desque la vido,  
en el suelo se caía;  
desque en sí hubo tornado,  
estas palabras decía:  
-Caballero que tal pierde,  
muy grande pena merecía:  
yo mismo seré el alcalde,  
yo me seré la justicia:  
que me corten pies y manos  
y me arrastren por la villa.

*Romance de la gentil dama y el rústico pastor*

Estáse la gentil dama  
paseando en su vergel,  
los pies tenía descalzos,  
que era maravilla ver;  
desde lejos me llamara,  
no le quise responder.  
Respondile con gran saña:  
-¿Qué mandáis, gentil mujer?  
Con una voz amorosa  
comenzó de responder:  
-Ven acá, el pastorcico,  
si quieres tomar placer;  
siesta es del mediodía,  
que ya es hora de comer,  
si querrás tomar posada  
todo es a tu placer.  
-Que no era tiempo, señora,  
que me haya de detener,  
que tengo mujer y hijos,  
y casa de mantener,  
y mi ganado en la sierra,  
que se me iba a perder,  
y aquellos que me lo guardan  
no tenían qué comer.  
-Vete con Dios, pastorcillo,  
no te sabes entender,  
hermosuras de mi cuerpo  
yo te las hiciera ver:  
delgadica en la cintura,  
blanca soy como el papel,  
la color tengo mezclada  
como rosa en el rosel,  
el cuello tengo de garza,  
los ojos de un esparver,  
las teticas agudicas,  
que el brial quieren romper,  
pues lo que tengo encubierto  
maravilla es de lo ver.  
-Ni aunque más tengáis, señora,  
no me puedo detener.

*Las señas del esposo*

-Caballero de lejas tierras,  
llegáos acá y paréis,  
hinquedes la lanza en tierra,  
vuestro caballo arrendéis.  
Preguntaros he por nuevas  
si mi esposo conocéis.  
-Vuestro marido, señora,  
decid ¿de qué señas es?  
-Mi marido es mozo y blanco,  
gentil hombre y bien cortés,  
muy gran jugador de tablas  
y también del ajedrez,  
En el pomo de su espada  
armas trae de un marqués,  
y un ropón de brocado  
y de carmesí al envés;  
cabe el fierro de la lanza  
trae un pendón portugués,  
que ganó en unas justas  
a un valiente francés.  
-Por esas señas, señora,  
tu marido muerto es;  
En Valencia le mataron,  
en casa de un ginovés,  
sobre el juego de las tablas  
lo matara un milanés.  
Muchas damas lo lloraban,  
caballeros con arnés,  
sobre todo lo lloraba  
la hija del ginovés;  
todos dicen a una voz  
que su enamorada es;  
si habéis de tomar amores,  
por otro a mí no dejéis.  
-No me lo mandéis, señor,  
señor, no me lo mandéis,  
que antes que eso hiciese,  
señor, monja me veréis.  
-No os metáis monja, señora,  
pues que hacerlo no podéis,  
que vuestro marido amado  
delante de vos lo tenéis.

*Romance del cautivo*

Mi padre era de Ronda,  
y mi madre de Antequera;  
cativáronme los moros  
entre la paz y la guerra,  
y lleváronme a vender  
a Jerez de la Frontera.  
Siete días con sus noches  
anduve en almoneda:  
no hubo moro ni mora  
que por mí diese moneda,  
si no fuera un moro perro  
que por mí cien doblas diera  
y llevárame a su casa,  
y echárame una cadena.  
Dábame la vida mala,  
dábame la vida negra:  
de día majar esparto,  
de noche moler cibera,  
y echóme un freno a la boca,  
porque no comiese d` ella.  
Mi cabello retorcido  
y tornóme a la cadena.  
Pero plugo a Dios del cielo  
que tenía el ama buena:  
cuando el moro se iba a caza  
quitábame la cadena  
y echárame en su regazo,  
y espulgóme la cabeza.  
Por un placer que le hice  
otro muy mayor me hiciera:  
diérame los cien doblones  
y enviárame a mi tierra.  
Y así plugo a Dios del cielo  
que en salvo me pusiera.

*El conde Arnaldos*

¡Quién tuviera tal ventura  
sobre las aguas del mar,  
como hubo el conde Arnaldos  
la mañana de San Juan!  
Con un falcón en la mano  
la caza iba a cazar,  
vio venir una galera  
que a tierra quiere llegar.  
Las velas traía de seda,  
la jarcia de oro torzal,  
áncoras tiene de plata,  
tablas de fino coral.  
Marinero que la manda  
diciendo viene un cantar  
que la mar ponía en calma,  
los vientos hace amainar,  
los peces que andan nel hondo  
arriba los hace andar,  
las aves que andan volando  
nel mástil las hace posar.  
Allí habló el conde Arnaldos,  
bien oiréis lo que dirá:  
-Por mi vida, marinero,  
dígaisme ora ese cantar.  
Respondióle el marinero,  
tal respuesta le fue a dar:  
-Yo no digo esta canción  
sino a quien conmigo va.

## APÉNDICE

### *f) Romances de la tradición oral moderna*

#### *Romance del conde Olinos*

Madrugaba el conde Lino  
mañanita de San Juan  
a darle agua a su caballo  
a las orillas del mar.  
–Mientras el caballo bebe  
cantaremos un cantar:  
"Camisa, la mi camisa,  
quién te pudiera lavar,  
lavarte y retorcerte  
y tenderte en un rosal."–  
La reina lo estaba oyendo  
desde su palacio real:  
–Mira, hija, cómo canta  
la serenita del mar.  
–No es la serenita, madre,  
no es la serenita tal;  
es el hijo conde Lino,  
mis amores vienen ya.  
–Tus amores vienen ya,  
yo los mandaré matar.  
–Madre, si usted los matara,  
a mí me iban a enterrar–  
Él se murió a las once  
y él a los gallos cantar,  
y a desotro día de mañana  
y los fueron a enterrar.  
(Y) ella como hija de reina,  
la entierran al pie del altar,  
y él, como hijo de conde,  
un poquito más atrás.  
Ella se volvió una oliva  
y él se volvió un olivar.  
La reina desde lo supo  
luego los mandó cortar,

y el hombre que los cortaba  
no cesaba de llorar.  
(Y) ella se volvió paloma  
y él un pajarito real.  
La reina desde lo supo  
luego los mandó matar,  
y el hombre que los mataba  
no cesaba de llorar.  
Ella se volvió una garza  
y él se volvió un gavián.  
La garza, como ligera,  
de un vuelo pasó la mar  
y el gavián como torpe  
de dos lo vino a pasar.  
Ella se volvió una ermita  
y él un pequeñito altar  
y en el medio de la ermita,  
la fuente del perenal.  
Allí van cojos y mancos,  
todos se iban a curar.  
La reina desde lo supo  
de seguida se fue allá.  
–Hija, lávame los ojos,  
lávamelos sin tardar.  
–Madre, lávese usted uno  
del otro no será tal;  
cuando me volví oliva,  
me mandó usted cortar,  
cuando me volví paloma,  
me mandó usted matar,  
¡y ahora que me he vuelto santa,  
me viene usted a visitar!–

*Delgadina*

Pues señor, éste era un rey  
que tenía tres hijitas  
y la más chiquititita  
Delgadina se llamaba.  
Cuando su madre iba a misa  
su padre la enamoraba.  
Como ella no quería  
en un cuarto la encerraba;  
en un cuarto muy oscuro,  
donde los moros cantaban.  
Un domingo por la tarde  
Delgadina en la ventana  
vio a su madre y hermanos  
jugando juego de damas.  
Mi madre, por ser mi madre,  
me darás un poco de agua,  
que del hambre y de la sed  
a Dios le entrego mi alma.  
-Quítate pronto, Delgadina,  
quítate de esa ventana,  
que si tu padre te ve  
te dará de puñaladas.  
Delgadina se fue adentro,  
muy triste y desconsolada,  
con lágrimas en los ojos  
todo el piso lo anegaba.  
Después de pasar un día,  
otra vez en la ventana  
vio a sus hermanos y hermanas  
jugando juego de damas.

-Hermanos, por ser hermanos,  
me daréis un poco de agua,  
que del hambre y de la sed  
a Dios entrego mi alma.  
-Quítate, perra maldita,  
quítate de esa ventana.  
Delgadina se quitó,  
toda de llanto bañada,  
con las lágrimas aquellas  
todo el cuerpo se anegaba.  
El domingo por la tarde  
Delgadina estaba muerta;  
los angelitos del cielo  
repicaban las campanas  
y la Virgen del Rosario  
en su cabecera estaba.

*La hermana cautiva*

Ya vienen los cautivos  
con todas las cautivas.  
Dentro de ellas  
hay una blanca niña.  
¿Para que la traen  
esta blanca niña,  
que el rey Dumbélo  
se enamoraría?  
—Cortadle, señora,  
el beber del vino,  
que perde colores,  
que cobra suspiros.  
—Cuanto mas le corto  
el beber del vino,  
mas se le enciende  
su gesto valido.  
—Cortadle, señora,  
el beber del claro,  
que perde colores,  
que cobra desmayos.  
—Cuanto más le corto  
el beber del claro,  
mas se le enciende  
su gesto galano.  
—Mandadla, señora,  
a lavar al rio,  
que perde colores  
que cobra suspiros.  
—Cuanto más la mando  
a lavar al rio,  
mas se le enciende  
su gesto valido.»  
Ya amaneció el dia,  
ya amanecería,  
cuando la blanca niña  
lavaba e tendía,  
¡oh! qué brazos blancos  
en el agua fría.  
—Mi hermano Dumbelo

por aqui si pasaría.  
—¿Que hago, mi hermano  
las ropas del moro franco?  
—Las que son de seda  
echadlas al nado:  
Las que son de sirma<sup>4</sup>  
encima de mi caballo.  
—Abrireis, madre,  
puertas del palacio,  
que, en lugar de nuera,  
hija yo os traigo.  
—Si es la mi nuera  
venga a mi palacio,  
si es la mi hija  
venga en mis brazos.  
—Abrireis, mi madre,  
puertas del cillero,  
que, en lugar de nuera,  
hija yo os traigo.  
—Si es la mi nuera  
venga en mi cillero,  
si es la mi hija  
venga en mis pechos.

<sup>4</sup> filigrana

*El soldadito*

–Soldadito, soldadito,  
¿de dónde ha venido usted?  
–He venido de la guerra,  
de la guerra de Aranjuez.  
–¿Ha visto usted a mi marido  
una vez en Aranjuez?  
–Si le he visto no me acuerdo;  
deme usted las señas de él.  
–Mi marido es alto y rubio,  
alto y rubio aragonés,  
en la punta de la lanza  
lleva un pañuelo bordes,  
se le bordé cuando niña,  
cuando niña le bordé,  
uno que lo estoy bordando  
y otro que le bordaré.  
Siete años llevo esperando  
y otros siete esperaré,  
si a los catorce no viene  
monjita me meteré.  
–Calla, Isabelita, calla,  
calla por Dios, Isabel,  
yo soy tu querido esposo,  
tú mi querida mujer.-

*La Condesita*

Ya se ha movido la guerra  
entre Francia y Portugal,  
al conde Flores lo llaman  
por capitán general.  
La condesa, que lo sabe,  
no hacía más que llorar:  
–¿Para cuántos años, conde,  
para cuántos años vas?  
–Para siete voy, marquesa,  
para siete nada más;  
si a los siete no viniera,  
marquesa te casarás.  
Pasan seis y pasan siete,  
cerca de los ocho van;  
un día estando en la mesa  
su padre venga a mirar:  
–¿Qué me miras, padre mío?  
–¡Qué te tengo que mirar!,  
que han pasado siete años  
y a pasar los ocho van.  
¿Por qué no te casas, hija,  
por que no te casas ya?  
–Padre, no me digas eso,  
padre, no me digas ná,  
que en mi pecho hay un escrito  
que el conde viviendo está.  
Si tú me das la licencia  
para salirlo a buscar.  
–De mí la licencia tienes,  
Dios te dará lo demás;  
vístete de peregrino  
porque nadie te haga mal.–  
De día por los caminos,  
de noche por la ciudad,  
por las montañas de Egipto,  
por las orillas del mar,  
allá vio un pastorcito  
que con sus potritos va:  
–Dime, pastorcito, dime,  
dime la buena verdad.  
–Señora, si yo lo se  
no se la podré negar.  
–¿De quién son estos caballos

que tan gorditos están?  
–Son del condesito Flores,  
mañana se va a casar.  
–Ese conde, ¿dónde vive,  
ese conde, dónde está?  
–Ni pregunte por posada,  
ni menos por hospital,  
pregunte por el palacio  
del capitán general.–  
Al subir en la escalera  
con el conde se encontró:  
–Buenos días, señor conde.  
–Buenos días tenga yo.  
–Déme usted una limosnita,  
que bien me la puede dar,  
que vengo de las Italías  
y no traigo qué gastar.  
–Si vienes de las Italías,  
noticias me traerás,  
si una marquesa que había  
es muerta o casada ya.  
–Esa marquesa que había  
ni es muerta y casada ya;  
va por el mundo rodando  
y no saben dónde está.  
En qué la conocerías,  
en qué la conocerás?  
–En los colores de cara  
y en el pechito un lunar.  
–En los colores de cara  
ya no me conocerás,  
que solamente me queda  
en el pechito el lunar.–  
Sale su segunda novia  
que aún estaba por casar:  
–¿Quién es esa aventurera  
que te ha venido a buscar?  
–No es ninguna aventurera,  
que me ha venido a buscar;  
son mis primeros amores  
la que mi mujer será.–